

mo hubiera llegado a su más alta cima, hubiera conquistado todos los objetivos imaginables.

Por eso he preferido emplear para la prosa mironiana el adjetivo «neomodernista» a «modernista». Y lo he hecho por creer que Miró, partiendo de un concreto estilo o movimiento literario, consigue algo muy distinto, aunque de él proceda. Al aludir a una renovación del modernismo en Miró, antes que plantear una filiación de todos conocida, he querido más bien llamar la atención sobre lo que de personalísimo hay en el arte del gran escritor levantino. Con esto no trato de negar la existencia de otros posibles «neomodernismos». Tan sólo he pretendido sugerir como el de Miró, el tan peculiar suyo, me parece el más legítimo y el más bello de todos ellos.



Pero es preferible acabar ya. Dejemos a Miró, gran prosista, exquisito creador de la más delicada prosa española contemporánea, encerrado en su bello mundo de luz, de color y de aromas. Ya ha habido bastante atrevimiento en la invasión de tan bello mundo, y es forzoso abandonarlo con la turbación y el deleite del que se sabe extranjero en un inalcanzable paisaje. No sé si de su paso ante él algo habrá podido ser apresado en esa, a veces, tan pedante y frágil red del aprendiz de crítico literario.

Es muy de temer que, en tal aventura, lo mejor y más delicado del mundo mironiano no haya sido recogido, quedando fuera de nuestro alcance, como el agua quieta, siempre limpia y fresca del manantial de montaña—tan maravillosamente descrita por el propio Miró—, a la espera de una perfecta y más alta escalada que permita gozar de toda su intacta y tierna belleza.

Aun así, el viajero que regresa a la realidad desde el maravilloso mundo mironiano, cree llevar en su equipaje una especie de fragancia leve, pero a la vez persistente como la de una fruta. Una de esas maduras y mironianas frutas que, bien escondida en un armario, perfuma los recuerdos y las viejas cosas familiares.

